

## GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

# Escolios médicos



Antes de que arrecie la lluvia de mentadas que ya comenzó a derramarse sobre mi cabeza desde hoy, miércoles por la mañana, de parte de gente díscola, de escaso magín y menos miramiento por el, para mí, candente asunto de mi uña enterrada, quiero salirle al paso a este chipi chipi de leperadas y darle remate a esta doméstica aventura.

Fueron cinco días de agonía ungular (del latín "Ungula" que quiere decir uña) que ya quisiera yo que padeciera una igual Enrique Peña Nieto, para ver los alaridos que pegaba sin lograr que su Gaviota (que es otra uña enterrada que ya tiene) le diera el menor consuelo. Durante estos cinco días, tuve que escuchar los más peregrinos consejos y recetas que la tradición mexicana ha ido creando precisamente para esta tarea de sanar uñas enterradas. No quiero ofender a nadie en particular, sin embargo debo afirmar que estas tradiciones han recogido con harto cuidado un cúmulo inmenso de estupideces que ni curan al paciente y nada más le alborotan la dolencia. Apareció por fin mi pedicurista con cara de Tepetongo y con su instrumental médico. De inmediato se dio a la tarea de procurar mi sanación. Van a decir que soy un exagerado, pero los dolores que esta mujer, de apariencia tan afable, me provocó, ésos no se los deseo a Peña Nieto; se los deseo a Manlio Fa-

bio. Me dolió hasta el alma. Yo no sé que tanto tango arman las mujeres con sus dolores de parto y contracciones y cólicos y ojos volteados, sudoración abundante, náusea terrible, sensación de que las parten en dos... ¡puras papas!, todo es un teatrillo que tienen muy bien montado con el doctor o la partera (la partera Rosa); en cambio, los dolores que yo padeci dejaron a los de las féminas en calidad de leve y monacal pellizco.

Mi intervención duró menos de treinta minutos que fueron para mí una especie de grito sin orillas. Cuando mi pedicurista retiró las manos de mi pata y dijo: creo que ya está, mi espíritu entero se desplomó y por unos instantes soñé con un México mejor y con un Presidente que sepa hacer licitaciones, no como éste que le salen todas ñangas. Luego, volví en mí, comprobé que el dolor había desaparecido y yo, caracterizado como la patria agradecida, le di un abrazo a esta chica que me salvó del dolor y de tener que pagarle a los Humanos Vázquez. Con esto se termina la nunca contada historia de mi punzante uña. Pensaba yo escribir una serie para contar con detalle la historia de cada uno de mis dedos, pero como siento el rechazo y la amenaza pululando a mi alrededor, prefiero abstenerme y esperar mejores tiempos. Ya terminé con la uña. Ya esténse. No me hostilicen. Soy un hombre que ha sufrido mucho.

Y sigue sufriendo. Toda esta mañana del miércoles la he dedi-

cado a pulular semidormido por el benemérito hospital de Nutrición Dr. Salvador Zubirán. En ese hospital estuve internado casi un mes allá por el año del 91. Esta mañana no recordaba yo gran cosa de aquella visita. Es más, en la entrada me dijeron que el Dr. que yo buscaba estaba a un ladito del monumento al Quijote. Entré, me topé con un pedestal coronado por un fierro cromado y me dije: ¡éste es el Quijote! No era. El Quijote auténtico estaba un poco más adelante y no fui yo, sino el Dr. Mario Vilatobá, Jefe de la Unidad de Trasplantes de tan acreditado nosocomio, quien me indicó que él era a quien yo buscaba. Toda esta aleccionadora aventura se la he de agradecer al Dr. José Ángel Córdova Villalobos quien gentilmente me telefoné para notificarme que tenía yo esta cita. Como un trasplante de hígado es más que una uña enterrada, mis amables lectores me permitirán que mañana les cuente de mi encuentro con el Dr. Vilatobá. Se puso bueno.

### ¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXXX (1530)

Manlio Fabio y en general el hampa duermen bien.

Cualquier correspondencia con esta columna como monumento a Cervantes, favor de dirigirla a [german@plazadelangel.com.mx](mailto:german@plazadelangel.com.mx) (D.R.)

